

La esperanza no se espera.

Por qué la desesperanza es funcional al poder y cómo reconstruir una esperanza sin ilusiones.

1. El futuro cancelado.

Le pregunté a un joven de veintiocho años, acampado en la Puerta del Sol desde la noche del 26 de septiembre, si tenía esperanza. Me miró con una mezcla de cansancio y lucidez y me dijo que no. No porque le fuera mal, sino porque no veía futuro. No creía que fuera a vivir mejor que sus padres, ni creía que el mundo fuera a mejorar. Y sin embargo, allí estaba, con su tienda de campaña, organizando asambleas, resistiendo la lluvia y las amenazas de desalojo.

Esa contradicción entre la desesperanza declarada y la acción cotidiana es el punto de partida de este ensayo. Porque si realmente no hubiera esperanza, no estaría allí. Si realmente creyera que nada puede cambiar, se habría quedado en casa. El hecho de que siga luchando, aunque diga que no espera nada, revela que la esperanza no es un sentimiento que se tiene o no se tiene, sino una práctica que se ejerce. Y esa práctica es, precisamente, lo que el sistema hace todo lo posible por destruir.

Los datos dibujan un panorama de desesperanza estructural. Según el Eurobarómetro, el 68% de los europeos cree que la situación general empeorará y solo un 12% percibe señales de renovación. El 63% considera que "los mejores años quedaron atrás" y el 77% cree que la próxima generación vivirá peor. En España, el 58,8% de los jóvenes de 18 a 24 años cree que la situación económica será peor en 2026, superando la media nacional.

La esperanza, que durante generaciones fue una promesa casi automática (los hijos vivirán mejor que los padres), se ha convertido en una excepción. Y esa excepción no es un accidente. Es el resultado de un sistema que necesita ciudadanos desesperanzados para perpetuarse.

2. La esperanza no es optimismo.

Conviene distinguir entre la esperanza y el optimismo. El optimismo es la creencia de que todo saldrá bien, de que el futuro será mejor por sí solo, de que basta con esperar. La esperanza es otra cosa.

Vaclav Havel, que escribió sobre la esperanza desde la cárcel, lo expresó con una claridad que no ha perdido vigencia: "La esperanza no es lo mismo que el optimismo. No es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, independientemente de cómo termine". El optimismo es pasivo mientras que la esperanza es activa. El optimismo espera y la esperanza actúa.

Antonio Gramsci resumió esa tensión en una fórmula que se ha convertido en clásica: "pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad". Es decir, analizar la realidad sin autoengaños, reconocer la gravedad de la situación, pero no rendirse ante ella. La esperanza no niega los problemas, los afronta sin ilusiones.

Ernst Bloch habló de la "utopía concreta", no del sueño abstracto de un mundo perfecto, sino de la anticipación de lo posible, de la capacidad de imaginar alternativas reales a lo que existe. La esperanza, en este sentido, no es un consuelo, es una herramienta de transformación.

3. La desesperanza como negocio.

El sistema no solo tolera la desesperanza, sino que se beneficia de ella. Una población desesperanzada es una población que no exige, ni protesta, ni se organiza, ni lucha. La desesperanza es un mecanismo de control más eficaz que la represión, porque no necesita policías ni cárceles, basta con que la gente crea que nada puede cambiar.

Mark Fisher describió ese fenómeno como "depresión reflexiva", como la sensación generalizada de que no hay alternativa al sistema actual, de que cualquier intento de cambio es inútil. No es una patología individual, es una respuesta racional a un entorno que produce precariedad, soledad y falta de horizontes.

Sin embargo, la desesperanza es peligrosa. La historia está llena de revoluciones que estallaron cuando la gente dejó de tener algo que perder. Por eso el sistema quiere una desesperanza controlada: suficiente para que la gente no exija, pero no tanta como para que se rebele.

Y es que el sistema también necesita esperanza. El capitalismo no funciona sin consumo, y el consumo requiere deseo, y el deseo requiere la expectativa de que mañana será mejor. Si la población pierde toda esperanza, deja de consumir, invertir e incluso procrear. Y el sistema se queda sin combustible.

La caída de la natalidad en España es un síntoma de esa contradicción. En 2026 ha habido un ligero repunte: 156.887 nacimientos hasta junio, 1.656 más que en el mismo periodo de 2025, aunque sigue siendo una cifra muy baja. Traer un hijo al mundo es un acto de esperanza. Quien no tiene esperanza no procrea y el sistema, que necesita población para sostener el empleo y las pensiones, se enfrenta a un problema que él mismo ha creado.

4. La esperanza como práctica.

La esperanza no es un sentimiento que se tenga o no se tenga, es una práctica que se construye en la acción colectiva, los vínculos y el cuidado mutuo. La esperanza no se espera, se hace.

Paulo Freire, que dedicó su vida a pensar la educación como práctica de libertad, la definió como un "imperativo existencial e histórico". Sin esperanza no hay lucha, pero sin lucha la esperanza es pura palabrería. La esperanza no es un estado del alma, es una forma de actuar en el mundo. Y esa forma de actuar tiene nombres concretos. La cooperativa Mensakas, impulsada por repartidores despedidos de Deliveroo, es una práctica de esperanza que demuestra que se puede repartir sin precarizar, que otra economía es posible. La economía social y solidaria, que en España mueve miles de millones de euros y emplea a cientos de miles de personas, es una práctica de esperanza. Las comunidades energéticas, los huertos urbanos, las redes de apoyo mutuo o los sindicatos de inquilinos son demostraciones de esperanza en acción.

5. La esperanza en España.

La acampada de la Puerta del Sol es el ejemplo más visible de esperanza en acción en la España de 2026. Empezó como una protesta por el desahucio de una mujer de 87 años que llevaba setenta y uno pagando el alquiler de su casa. Cuando falleció, el 7 de octubre, la acampada se convirtió en vigilia que no solo no se disolvió, sino que se multiplicó.

En la Puerta del Sol conviven ahora 37 colectivos: estudiantes, educadoras infantiles, grupos antirracistas, plataformas en defensa de Gaza, feministas o bomberos. La vivienda es la lucha principal, pero no la única. Lo que empezó siendo una protesta concreta se ha convertido en un símbolo de un malestar más amplio, el de una generación que no puede emanciparse, que dedica la mayor parte de su sueldo a pagar el alquiler, que sabe que está condenada a compartir piso para siempre.

Los acampados no piden medias tintas, piden una huelga general y medidas estructurales. Saben que el decreto de vivienda aprobado por el Gobierno es insuficiente. Saben que las soluciones parciales no resuelven el problema de fondo y, aun así, siguen allí.

No están solos. En Francia y Bélgica, miles de estudiantes se han movilizado contra los recortes educativos, las aulas masificadas y el aumento de las tasas. En Bélgica, la región francófona aprobó un recorte de 500 millones de euros en educación para 2029 y un aumento de las matrículas superior al 40%. Las protestas se han extendido a Italia y Grecia. Es el mismo malestar, la misma desesperanza, la misma sensación de que el futuro se cierra, pero también la misma obstinación en no aceptarlo.

6. La vida con esperanza.

¿Es posible recuperar la esperanza? No como ilusión, sino como lucidez. No como certeza, sino como compromiso.

La pregunta no es si hay motivos para la esperanza, sino si estamos dispuestos a construirla. Porque la esperanza no se espera, se hace. No es un sentimiento que nos viene de fuera, es una decisión que tomamos.

La desesperanza es cómoda porque exime de responsabilidad, justifica la inacción y permite mirar hacia otro lado. La esperanza, por contra, es incómoda, porque obliga a actuar, a organizarse y a resistir.

Gramsci, que escribió sus cuadernos en la cárcel mientras el fascismo parecía imparable, dejó una consigna que sigue siendo válida: "Instruíos, porque necesitaremos toda nuestra inteligencia. Conmoveos, porque necesitaremos todo nuestro entusiasmo. Organizaos, porque necesitaremos toda nuestra fuerza".

La esperanza no es un lujo, es una necesidad. Sin esperanza no hay acción y sin acción no hay cambio. La desesperanza es funcional al poder porque desactiva la crítica, desmoviliza la protesta y justifica la resignación. La esperanza, en cambio, es subversiva porque afirma que otro mundo es posible, que las cosas pueden cambiar, que no estamos condenados a repetir lo que existe.

No se trata de creer que todo saldrá bien, sino de actuar como si pudiéramos hacer que salga bien. No se trata de tener certezas, sino de tener el coraje de vivir sin ellas.